

primera ! El término de tu suplicio está aquí ; mi fidelidad logrará tu redención.

*(A las voces de Erik acuden presurosos Daland, Maria, las doncellas, y los marineros noruegos).*

ERIK.—¡ Socorro ! ¡ auxilio ! ¡ está perdida !

#### ESCENA VI

Los mismos, DALAND, MARÍA, las doncellas y los marineros noruegos

DALAND.—¡ Ah ! ¡ Dios mío !

HOLANDES *(á Senta)*.—¡ Tú no me conoces, ni puedes adivinar quién soy . *(Muestra su buque, cuyas rojas velas están desplegadas, mientras la tripulación, horriblemente agitada, se ocupa en el aparejo.)* ¡ Interroga los mares de todas las zonas ! ¡ interroga al navegante que cruzó el Océano en todos sentidos ; éste conoce mi buque, terror de los hombres piadosos ; el *Holandés errante!*

*(Sube con la rapidez del rayo al puente del buque, que se aleja al momento entre los gritos de la tripulación. Todos quedan inmóviles, poseidos de estupor. Senta se esfuerza en desasirse de las manos de Daland y de Erik.)*

DALAND, ERIK, MARÍA y el CORO.—¡ Senta ! ¡ Senta ! ¿ qué pretendes hacer ?

*(Senta se abre paso por fin, á costa de desesperados esfuerzos, corre hacia el extremo de una roca que se adelanta hacia el mar ; desde allí, grita con todas sus fuerzas al Holandés que se aleja.)*

SENTA.—¡ Gloria á tu ángel libertador ! ¡ gloria á su ley ! Mira y vé si te soy fiel hasta la muerte.

*(Se arroja al mar ; en el mismo instante el navio del Holandés se hunde y desaparece. En lontananza se ven surgir de las ondas al Holandés y á Senta transfigurados, y unidos en tierno abrazo.)*

FIN DEL BUQUE FANTASMA

## LOHENGRIN

ÓPERA EN TRES ACTOS

## PERSONAJES

---

ENRIQUE, rey de Alemania.

LOHENGRIN.

FEDERICO de TELRAMUNDO, conde brabantón.

ELSA DE BRABANTE.

ORTRUDIS, mujer de Federico.

UN HERALDO.

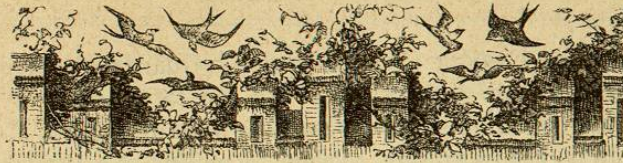
CUATRO CABALLEROS BRABANZONES.

CUATRO PAJES.

Nobles de Sajonia y de Turingia, nobles brabantones, caballeros, damas, pajes, servidores.

---

La escena pasa en Amberes, á mediados del siglo x.



## ACTO PRIMERO

Una pradera á orillas del Escalda, en las cercanías de Amberes.—El rey Enrique aparece sentado bajo la encina á cuya sombra se administra justicia. Ocupan ambos lados los condes de Sajonia y de Turingia, los nobles y los escuderos feudatarios del rey. En frente de los condes, los escuderos y el pueblo de Brabante; en primera fila Federico de Telramundo, y cerca de éste Ortrudis.

## ESCENA PRIMERA

EL REY ENRIQUE, FEDERICO, ORTRUDIS, un heraldo, cuatro trompetas, condes y escuderos sajones y brabantones, pueblo de Brabante.

*(El heraldo y cuatro trompetas se dirigen al centro de la asamblea. Los trompetas ejecutan la llamada del rey).*

EL HERALDO.—¡Duques! ¡condes! ¡pueblo! Oid. El rey de Alemania, Enrique, se presenta á tratar con vosotros, según las leyes de vuestro imperio: ¿queréis suscribir á sus votos?

LOS BRABANZONES.—¡Juramos acatar en todo su ley! Príncipe excelso ¡honor y gloria á ti!

EL REY ENRIQUE (*levantándose*). — ¡Guárdeos el cielo, noble pueblo de Brabante! Ya me tarda recurrir á vuestro auxilio. ¡Devolvamos la vida al imperio alemán! (*Todos prestan solemne atención.*) No ignoráis cuántas veces se abatió sobre nuestros hogares del Oriente la guerra; «Salvadnos del acero de los húngaros, sumo Dios» es la plegaria que enseñáis á vuestros hijos. El honor de poner término á tanto martirio incumbíame como jefe del imperio. Espada en mano obtuve una tregua de diez años; no he desperdiciado el tiempo. He robustecido nuestras fortalezas y nuestras villas, vigorizando la intrepidez de nuestros soldados, pero ¡va á espirar la tregua y tocamos al término! Nuestros enemigos reclaman el tributo. (*Animándose.*) Sonó la hora, sepamos salvar el imperio. ¡En pié! en pié! prodiguemos nuestra sangre. ¡Desenvainad los aceros! Yo os conduciré, y por fin Alemania recobrará su puesto.

LOS SAJONES (*golpeando sus armas*). — ¡Proteja Dios á Alemania!

EL REY (*con benevolencia*). — Y ahora, pueblo de Brabante, cuando me dispongo á guiaros á Maguncia ¡cuál no será mi dolor viéndoos desunidos y sin un jefe poderoso! Sangre llora mi alma al pensarlo. Habla tú, Federico, responde. Conocida me es tu virtud, habla, sí, porque en ti confío.

FEDERICO (*con solemnidad*). — Gracias, noble rey, por haberte dignado acudir. ¡Lejos de mí la idea de engañarte! El príncipe de Brabante, al morir, confió á mi tutela sus hijos Elsa y Godofredo, casi niño. Amaba yo al infante, fui guía de su adolescencia, su vida era mi riqueza, mi gloria. Escucha, Señor, y comprenderás cuál debió ser mi dolor, cuando con él me robaron la honra. Elsa le había llevado á solitario bosque... sola... y regresó al anochecer preguntando por su hermano, de quien se había alejado un momento y á

quien después buscó en vano. (*Con emoción.*) Nada logré saber acerca de su suerte; y cuando compareció á mi vista Elsa, su palidez y trastorno me revelaron un crimen nefando. Entonces, sintiendo por ella invencible horror, rechacé el himeneo que su padre dictara, y siguiendo los votos de mi corazón, tomé por esposa á Ortrudis, (*Ortrudis se inclina ante el rey.*) noble hija del rey de los frisones. (*Adelantándose con lentitud.*) ¡Pido justicia contra Elsa de Brabante! ¡contra la fratricida Elsa! Pido que se me dé la propiedad de este territorio: ¿no soy acaso el pariente más próximo, el esposo de una mujer cuya sangre dió, á menudo, jefes á este imperio ilustre? Tal es mi petición, Señor, júzganos!

TODOS LOS HOMBRES (*con movimiento de horror*). — ¡Ah! ¡misterio horrible! ¡su querella estremece el corazón!

EL REY. — ¡Temible y siniestra felonía! ¿pudo ser Elsa capaz de tan horrendo crimen?

FEDERICO (*siempre con violencia*). — ¡Oh rey! Sin dificultad logré leer en su corazón; he sido blanco de sus altivos desdenes, pues en su pecho arde otro amor. (*Con creciente amargura.*) Ha pensado que, fallecido su hermano, podría, como señora de Brabante, rechazar la demanda de su vasallo y seguir la voz secreta de su corazón.

EL REY (*conteniendo con un ademán el arrebato de Federico*). — ¡Que se presente Elsa! Va á comenzar el juicio. ¡Guíame, Dios potente!

EL HERALDO. — ¿Ha de fallarse según dicten justicia y derecho?

EL REY (*colgando, con solemnidad, su escudo á la encina*). — ¡Deje ya de defenderme este acero, si mi voz no castiga!

(*Todos los hombres dejan sus armas. Los sajones y los turingios colocan ante sí sus espadas desnudas. Los brabantones deponen las armas á sus piés.*)

TODOS LOS HOMBRES.—El acero debe armar nuestros brazos, hasta que se pronuncie la sentencia.

EL HERALDO.—¡Ved aquí el escudo del rey, signo de la santa justicia! Escucha sin temor, Elsa, la voz del Tribunal! ¡Preséntate!

## ESCENA II

Los mismos, ELSA

*(Aparece Elsa, deteniéndose un momento en el fondo. Luego se adelanta, pausadamente y con ademán pudoroso hasta el centro de la escena. Varias doncellas la siguen, y se detienen en el fondo.)*

TODOS LOS HOMBRES.—¡Ved aquí á la desdichada! ¡En su frente brilla la virtud! ¿Cómo es posible achacarle un crimen nefando?

EL REY.—¿Eres tú Elsa de Brabante? *(Elsa hace un signo afirmativo.)* ¿Me aceptas por juez? *(Elsa contempla al Rey frente á frente, y contesta con el mismo signo.)* ¡Ahora, acércate! ¿Sabes ya qué crimen se te imputa? *(Elsa fija la vista en Federico, se estremece y contesta tristemente, con un ademán de afirmación.)* ¿Tienes algo que oponer? *(Elsa hace un gesto de negación.)* ¿Callas, confiesas quizá?

ELSA *(permanece inmóvil largo tiempo, y después, dirigiendo la vista á lo lejos, murmura):* —¡Pobre hermano mío!

LOS HOMBRES *(entre sí)*.—¡Ah! ¡quién lograría comprender tal misterio!

EL REY *(conmovido)*.—Habla, Elsa, dí: ¿Cuál es tu secreto?

ELSA *(mirando á lo lejos en tranquilo éxtasis)*.—Sumida en acerbo dolor dirigía mis preces al cielo, buscando en ellas el olvido de mi destino cruel; de improviso creí escuchar los más divinos conciertos; mi voz pare-

cía extenderse, y llenar los aires; después, apaciguáronse los rumores en el límpido azur, y quedé embargada por rápido sueño.

LOS HOMBRES.—¡Ah! ¡qué discurso! ¡su razón se extravía!

EL REY *(intentando sacarla de su arrobamiento)*.—¡Responde, Elsa; tus jueces te escuchan!

ELSA *(siempre en la misma actitud y sumida en éxtasis cada vez más profundo)*.—Apareció un caballero, ricamente armado, empuñando en su diestra el acero, y su izquierda la trompa de oro; acercóse á mí; calmó con sus dulces palabras mi sombría tristeza, é infundióme valor; él es mi único apoyo!

LOS HOMBRES *(conmovidos)*.—¡Protégenos, gran Dios, muéstranos el criminal!

EL REY *(á Federico)*.—¿Olvidas, al acusarla, que todos encomian su virtud?

FEDERICO.—A pesar de su fingido delirio, todo lo comprendo; Elsa ama y no osa decirlo. Testigos seguros tengo para confundirla; si! poseo pruebas del hecho! Mas desprecio un cobarde testimonio, mi altivez no se aviene con esos medios! Yo y mi acero nos bastamos. ¡Hablad! ¿hay quién salga á combatir contra mí?

LOS BRABANZONES *(con suma animación)*.—No, ninguno de nosotros! ¡á tu favor, sí!

FEDERICO.—Y tú, señor, ¿olvidaste ya mis hazañas contra los daneses?

EL REY.—¡Malhaya quien niegue tu valentía! Proclamada será siempre! A nadie hallo aquí que te supere. Para gobernar este pueblo, Dios nos iluminará.

LOS HOMBRES.—¡Sí; Dios juzgará!

EL REY *(desenvainando la espada y clavándola en el suelo)*.—¡Habla tú el primero, Federico! ¿Aceptas de antemano tu sentencia, por un combate á muerte?

FEDERICO.—Sí.

EL REY.—Y tú, Elsa de Brabante, ¿quieres probar á todos tu inocencia, por este combate y juicio de Dios?

ELSA (*sin alzar los ojos*).—Sí.

EL REY.—¿Quién se encargará de defenderte?

FEDERICO (*vivamente*).—¡Por fin sabremos á quien ama!

LOS BRABANZONES.—¡Oigamos!

(*Elsa continúa en su actitud inspirada. Todas las miradas se concentran en ella.*)

ELSA.—Sí; he recobrado el ánimo; él será mi único vengador! Oíd, ahora, qué premio á su valor ofrezco. Suyo será el trono de mi padre; suyo todo lo mío; y si mi amor acepta, suyo será mi amor.

LOS HOMBRES (*entre sí*).—Noble premio; para conseguirlo se puede arriesgar hasta un combate mortal.

EL REY.—El astro del día nos inunda con sus tibios rayos; hora es ya de hacer el llamamiento.

(*Adelántase el Heraldo con los cuatro trompetas, á quienes ordena avanzar hacia los cuatro puntos cardinales, hasta los límites del círculo formado por el Tribunal.*)

EL HERALDO.—¡Si álguien desea combatir á favor de Elsa de Brabante, preséntese!

(*Elsa, con profunda ansiedad, espera la respuesta.*)

LOS HOMBRES.—El llamamiento ha quedado sin respuesta.

FEDERICO (*señalando á Elsa*).—Y ahora, proclamándolo mi voz, ¿dudaréis de su delito?

LOS HOMBRES.—La suerte la anonada, no hay remedio.

ELSA (*aproximándose al rey*).—¡Oye mis ruegos, noble príncipe! ¡Vuelva á sonar la llamada! (*Con candor.*) Mi defensor está lejos.

EL REY (*al Heraldo*).—Repítase la llamada. (*A una señal del Heraldo, ejecutan el mismo toque.*) Si entre vosotros hay quien quiera combatir por Elsa de Brabante, preséntese.

LOS HOMBRES.—Silencio horrible, amenazador.

(*Elsa cae de rodillas. Las mujeres, llenas de temor por su señora, se acercan á ella.*)

ELSA.—¡Señor! tú que le llevaste mi queja y los ecos de mi dolor, haz que se presente mi defensor á la liza.

LAS MUJERES.—¡Gran Dios! ¡protege á Elsa! ¡sálvala!

ELSA (*con exaltación*).—¡Hazle acudir, como se presentó en mi sueño! (*Con expresión de felicidad.*) ¡Haz que aparezca allí!

(*Los hombres colocados junto al ribazo, sobre una eminencia, divisan á Lohengrin que se aproxima en una navicilla tirada por un cisne.*)

LOS HOMBRES.—¡Mirad! qué grata sorpresa! un cisne arrastrando una navicilla.

(*Los hombres situados en escena observan, al principio, sin moverse de su sitio; y luego con creciente curiosidad, se reúnen á los primeros.*)

TODOS LOS HOMBRES.—¡Un caballero acude á combatir! ¡Mirad! mirad! cuál brilla su armadura! cómo deslumbra! Un cisne arrastra la barquilla! Ved! se acerca... se aproxima... ¡llega! una cadena de oro es la rienda del blanco cisne!

(*Lohengrin, siguiendo la curva del río, desaparece entre los árboles. Todos los hombres se han dirigido al fondo de la escena. En el proscenio quedan el Rey, Federico, Ortrudis, Elsa y sus doncellas. Desde el sitio elevado que ocupa, contempla el Rey la aparición. Federico y Ortrudis miran con asombro y cólera. Elsa, escuchando gozosa los gritos del pueblo, parece sumida en éxtasis y no osa mirar lo que ocurre á sus espaldas. Las doncellas se arrodillan.*)

Todos.—¡Milagro! milagro! milagro! ¡Nunca se vió más grandioso espectáculo!